

EL EDIFICIO DE MI SANTIFICACIÓN

Algunos edificios en dos meses se levantan, otros sin embargo tardan años, pareciendo que no se mueven, de lo lentamente que se construyen. Cada vez que se presenta el arquitecto corrige, mira, estudia, combina... para que la obra vaya igual que el plano. Y en ocasiones es preciso picar la piedra y destruir lo andado.

En la obra de nuestra santificación el Arquitecto está siempre con nosotros trabajando, para que llevemos a cabo el edificio tal como Él lo ha concebido, por eso es preciso estar alerta para recibir órdenes... advertencias... correcciones... etc. Si el alma no coopera no llegará nunca a ser una perfecta creación; le pasará igual que al edificio que se comenzó y no se terminó, quedará en ruinas y éstas sólo servirán para merecer en su fracaso la compasión o el desprecio de los que pasan.

Un arquitecto cuando quiere hacer un edificio para sí ¿con qué afán trabaja, qué interés pone en concluirlo, cómo busca la comodidad, el que sea bonito, perfecto en todos sus detalles... etc.! Y nosotros ¿no pondremos el mismo empeño en la obra de la santificación propia? ¿Trabajaremos en ella con desgana, sin interés, de batalla...?

Para que podamos cumplir nuestro fin que es alabar finamente a Dios, tenemos que llegar a la plenitud de la santidad, pues cuando la criatura es imperfecta, también lo será la alabanza que de ella salga. Dios que todo lo hace bien, perfectamente ¿cómo habrá concebido Él en su sabiduría infinita la alabanza que la Alianza debe darle en medio del mundo! Y esto ¿cuándo llegará? El día que cada aliada alcance su perfección individual.

Un edificio no se llama acabado mientras todas sus partes no lo estén y si algunos de sus principales componentes fallan, viene el desmoronamiento, el descrédito y tal vez la catástrofe... Cada una en el edificio de la Alianza hemos sido llamadas para ser un muro, una ventana, una cornisa, una puerta, etc. y puede suceder que seamos elemento bueno, que ajuste bien y esté perfectamente atornillado o por el contrario, un elemento perjudicial que quite la armonía y la belleza al edificio, en cuyo caso debe temblar, porque fácilmente puedo ser arrancado de allí.

¿Qué hago Señor dentro de la Alianza, llamada por Vos para ser perfectísima construcción? ¿Soy como esos obreros que trabajan sin afán, sólo por ganar el jornal? O por el contrario ¿Soy de ese otro grupo de perfectos operarios que trabajan con interés, con delicadeza, con ahínco? Dios pensando en la Obra, concibió en mí algo grande, bello, armonioso... y esto tal vez no ha llegado a realizarse todavía. ¿Cuándo llegará? Depende de mí y sólo de mí. Una de dos, o tengo que frustrar los planes de Dios al crearme, o por el contrario debo esmerarme por ser diligente... generosa... viviendo en el yunque del sacrificio, para que la obra del Señor sea completa en mí.

Nuestra perfección es obra progresiva, la única criatura perfectísima desde su Concepción Inmaculada fue la Virgen, es verdad que Ella añadió mayores tesoros, no porque le faltara algo sustancial, pero accidentalmente dio a su perfección detalles que aumentaron su hermosura y su belleza. Por eso amadísimas hijas recurramos a María, al vernos al cabo de los años tan miserables y tan imperfectos, para que Ella como Madre de misericordia nos ayude en esta grande obra, para ser miembro perfecto de la Alianza perfecta.

EL FIN DE LA ALIADA

Así como una semilla, el trigo por ejemplo, lleva en germen la espiga que de él brotará; de la misma manera el hombre lleva también en germen la esencia de su perfección, por eso podemos afirmar que el hombre es creado perfecto, aunque esta perfección se adquiera y se vaya desarrollando poco a poco. Si yo como aliada no llego a la plenitud de mi santificación, será como una de esas plantas, que se arrancan antes de llegar a la madurez y mi alabanza no será completa si no llego a mi completo desarrollo. Suponed que el dos de febrero de 1950 la Alianza hubiese llegado a la perfección. ¡Qué alabanza daría a Dios en medio del mundo! ¿Se la dará? No sé si tan fina y delicada como Él esperaba... Y esto ¿Por qué? Sencillamente porque cada uno de nosotros en el desarrollo de nuestra vida no ha fructificado en la proporción que hubiéramos debido hacerlo.

Si la Alianza fuese una colmena y cada aliada una celdita, donde sin descanso como la abeja elaborara la miel de su perfección individual ¡qué alegría! ¡Cuánta gloria daría a Dios! Entonces llegaría a ser real la inspiración que hemos sentido al lanzarnos a fundar la Obra. A menudo pienso que un convento es un bonito incensario con unas cuantas ascuas, donde cada religiosa echa el perfume de su vida y desde allí como una columnita, sube al cielo el perfume y la alabanza de aquellas almas... Esto realmente es hermoso; sin embargo yo sueño y el Señor así me lo ha inspirado al pie del egregio camarín de nuestra Madre del Coro, el que España sea un inmenso brasero y que cada una de vosotras donde viva y trabaje sea un ascua, donde eche el fino y delicado perfume de la pureza... y así no como una columnita, sino como extensa nube, subirá hacia el cielo la sublime armonía y alabanza de las almas consagradas. ¡¡Cuánta belleza se encierra aquí!! ¿Por qué no poblar la tierra de almas puras y virginales? Lo lograremos, si cada una de vosotras trabaja generosamente para alcanzar su propia perfección.

Como podéis observar, la aliada ha sido creada para alabar a Dios de una manera original. En la gloria se alaba al Dios tres veces Santo de una manera perfecta, porque los que allí moran son perfectos. San Juan que lo vio lo canta de una manera admirable en el Apocalipsis. Y ¿por qué no hacer de la tierra un trasunto del cielo? Una sola alma perfecta suple por mil imperfectas y pecadoras. Y aunque en esta desgraciada tierra haya tantos desventurados... si la Alianza diera al Señor alabanza perfecta ¿sabéis por cuantos supliría? La cuenta es muy sencilla, poner a un lado cuatro millones de hombres blasfemos, sensuales... etc. y en el otro las cuatro mil almas que militan en nuestras filas y la Obra supliría por esa multitud de desgraciados. Y ¿por qué no lo hacemos? Muy sencillo, porque cada una de vosotras aunque buscáis perfección, os quedáis bastante más bajas en el nivel que debía corresponderos.

De lo dicho sacaremos dos consecuencias.

Primero. Yo como aliada es preciso que me esfuerce con mucho más ahínco para alcanzar el nivel de perfección que el Señor me tenga marcado.

En segundo lugar como Directora o miembro del Consejo de una organización cualquiera, debo desvivirme con celo de apóstol, sacrificando otras muchas cosas, para que las aliadas que están a mi cargo, busquen esa misma perfección. No olvidaré jamás que me debo a mi Centro y que tengo que trabajar por la santificación de mis aliadas, como lo hago por la mía propia.

Hace muy poco tiempo ha ocurrido la terrible catástrofe de Tarancón. La magnitud del suceso fue tan grande, que el pueblo entero pudo desaparecer quedando reducida la ciudad y sus moradores a un montón de escombros. Llegar y encontrar casas en pie, causó asombro y admiración a quienes midieron la cantidad de dinamita que explotó en el polvorín. Para nuestra Obra ha ocurrido allí detalles milagrosos según nos cuenta su celoso Director. En primer lugar os diré que una parte del Consejo General salimos de allí una hora antes del suceso. Estaban en plenas fiestas cuando sucedió tamaña hecatombe, siendo la mayoría de la gente que ha muerto personas poco cumplidoras de sus deberes cristianos y dadas a la diversión. Todas las aliadas con sus familiares han quedado ilesos, por cuyo motivo en Tarancón, al poco rato de la catástrofe se cantó un Tedeum.

Darme en cada población un Centro de aliadas fervorosas... enamoradas de su vocación... que de verdad quieran santidad... y yo os aseguro que aunque el número no sea muy crecido, serán un dique poderoso que contenga la explosión de tantas calamidades que están a punto de estallar...

Pidamos a la Virgen del Coro mensajera de la Alianza, que nos da un conocimiento claro de nuestro fin y después con su gracia, lo que bien se conoce, SE AMA FÁCILMENTE Y SE VIVE.

LA OVEJA PERDIDA

El pastor amadísimas hijas, apenas tiene sociedad con las gentes, vive casi siempre con sus ovejas, poniendo en ellas sus cariños y sus afanes, por eso se dice en gráfica comparación que Jesús es el Buen Pastor, que todo lo dejó por sus ovejas. (Relato de la Parábola) Nada más cierto que esta realidad: Jesús como buenísimo Pastor, cuando pierde una oveja, guarda las demás... coge su cayado y su perro... se mete por barrancos, sube montañas... y hace mil averiguaciones hasta que la encuentra.

TRES MANERAS DE PERDERSE UNA OVEJA. De tres maneras puede perderse una oveja:

- cayéndose en una sima,
- devorada en las manos de un lobo y
- enredándose en un matorral.

CAYÉNDOSE EN UNA SIMA. Esta primera manera es poco frecuente, sucede alguna vez y desgraciadamente, la oveja en este caso muere del golpe sin más remedio.

El segundo caso, CAYENDO EN MANOS DEL LOBO, es más frecuente y el pastor aquí suele tan solo encontrar residuos de lana, huesos... depende de la ferocidad del animal y el pastor en este caso no tiene otra solución, que llorar la pérdida y recoger los despojos.

El tercer caso ENREDÁNDOSE EN UN MATORRAL, se da fácilmente sobre todo en las Vascongadas, la oveja suele quedarse buscando una hojita verde que hay en espesos zarzales y casi sin darse cuenta se le agarran las espinas y al querer retroceder, se encuentra totalmente aprisionada... Cuando más se sacude queriendo salir más se enreda, pasa así un tiempo forcejeando... pero no pasado gran rato, rendida de la lucha se tumba... y si alguien no viene a salvarla, allí muere aprisionada.

El Divino Pastor también se encuentra en este triple caso con las almas. Cuando una de sus ovejas cae en la SIMA DEL INFIERNO... ya no tiene remedio... ¡Cuántas ovejas ha perdido así el Buen Pastor... y ni el mismo Dios puede sacarlas de allí!

Otras las ha perdido DEVORADAS POR LAS GARRAS DEL LOBO INFERNAL que las destroza y las mata por el pecado mortal. Jesús solo encuentra allí una masa informe, un montón de ruinas... tristes despojos de un alma que ha sucumbido. El demonio se ceba de tal manera, con las almas caídas en sus garras, que las destroza, haciéndoles perder su anterior fisonomía.

En este caso el pastor humano no tiene más solución que llorar y afirmar. ¡El lobo me ha destrozado esta oveja, ha bebido su sangre y ha tirado sus despojos en esta cuneta! El Buen Pastor llora también, pero en su infinito poder tiene otros recursos, se acerca a esa masa informe y le restituye la vida dejándole sana y salva, volviendo otra vez la oveja a ser como era. Ved aquí retratada la conversión de un pecador ¡Qué misericordia! ¡Cómo cantaremos en la gloria las inagotables bondades del Señor! Y por ventura ¿No somos nosotras tal vez del número de las almas en las cuales el poder divino ha obrado esta tremenda transformación?

Lo más frecuente y en especial tratándose de almas como vosotras es el tercer caso LA OVEJA PERDIDA EN UN MATORRAL. Os hablo por propia experiencia, porque yo mismo he tenido la suerte de verificar esta operación. La oveja queda tan rendida que la encuentras inutilizada para todo... Si vieras ¡qué miradas de la oveja al pastor... parece mostrarse agradecida! La operación es difícil, a mano no puede hacerse, es preciso cortar con una macheta. La oveja después de sacada del matorral se vuelve a tumbar, está medio muerta... Y ahora viene el segundo trabajo más delicado y no menos difícil que el primero, y es quitar con sumo cuidado todos los trozos de zarza hasta que la oveja queda completamente limpia... tarea esta larga y penosa, sobre todo si estaba muy enredada y tenía mucha lana. Después de esta operación se queda totalmente incapacitada para andar y aquí viene la tercera labor; el pastor tiene que cogerla sobre sus hombros y llevarla otra vez al redil.

El Señor conocía esta encantadora tarea. No se le ocultaba que la oveja así enredada muere de hambre o haciendo presa en ella alguna fiera. Es esta una perfecta imagen del alma enredada con las criaturas a las que tiene verdadera afición o apego; almas habituadas a pecados veniales, a mil imperfecciones, al mundo... terrible matorral que tan fácilmente aprisiona, porque las almas ven como las ovejas las hojitas verdes, y no las espinas que se ocultan con tremendo disimulo... las cosas se nos presentan atrayentes... interesantes... y las almas demasiado cándidas como la oveja se acercan pegándose a unas y a otras... y lo más triste del caso es que casi sin darse cuenta quedan del todo aprisionadas y cuando quieren sacudir el yugo de todas estas cositas se encuentran de tal modo enredadas, que no pueden.

Vosotras mismas conocéis chicas buenas que comulgan, visitan a Jesús, son a su modo piadosas... pero de tal manera están cogiditas por la moda... por las novelitas rosa... por el cine... etc. etc.; que es imposible hacerlas prescindir de nada de esto. ¡Qué gran peligro tiene aquí la Alianza! ¡Vivimos en el espeso matorral del mundo y fácilmente podemos enredarnos...! Los dos primeros casos son más difíciles, pero éste, se da entre nosotros con muchísima frecuencia. ¡Cuántas aliadas caen en estos zarzales... y desgraciadamente las perdemos!

En repetidas ocasiones ¡qué grande suele ser aquí la solicitud del Buen Pastor para desenredar a las almas! ¡Qué labor más íntima hace con ellas, para arrancar una a una todas las zarzas y espinitas! ¡Trabajo de perfección... de purificación...! A veces hay que lastimar a la oveja porque la zarza está tan pegada que sangra... y detrás de ella fácilmente se arranca un trozo de lana y hasta de piel... Recuerda por dónde andabas antes de ser aliada, enredada en mil tontadas, y si el Señor no te hubiera

arrancado de ellas, hubieras sido tal vez, presa de las fieras. ¿De dónde has venido? ¿No notas la mano Divina que te desenredó y te trajo a su aprisco? Una noche notó que yo le faltaba... andaba perdida lejos de su mirada... vino a mí... me cortó... me limpió, me cogió sobre sus hombros y me trajo amorosamente al predilecto aprisco de la Alianza. ¡Qué bueno fue Jesús conmigo! ¡Cómo se ensancha el corazón agradecido con este recuerdo! ¡Qué confianza debe inspirarnos tan Buen Pastor! y ¡¡Cómo debe despertar en nosotros esta idea sentimientos de gratitud inmensa, que sean traducidos en una generosidad sin límites!!

¡Cuánta necesidad tenemos de que Jesús siga siendo con nosotros ese Pastor Bueno! Pidámosle esta gracia con insistentes ruegos llenos de amor. Vivimos como la oveja en el monte... tenemos por vocación que estar ahí... en medio del matorral y si Jesús solícito no nos vigila de día y de noche con su cayado ¡qué sería de nosotros! La Alianza necesita más que nadie, del amoroso cuidado del Buen Pastor.

Digamos con tiernos validos de oveja amante: Pastor Divino cuídame... que no me enrede aunque esté cercada de mil ocasiones... quita la primera espina antes de que me aprisione la segunda... defiéndeme del lobo y guárdame... siendo tuya para siempre...

Divina Pastora de las almas, que con tanto mimo y cuidado me has desenredado, vigila mis pasos... sígueme en todo momento, y protegida por los DOS nunca jamás me volveré a enredar y a perder.

GETSEMANÍ

Los evangelistas tienen expresiones gráficas terribles para destacar el profundo dolor de Cristo al entrar en el huerto. San Mateo dice: "Comenzó a entristecerse y angustiarse" San Marcos añade: "Comenzó a atemorizarse y angustiarse". San Juan: "Mi alma siente angustias de muerte" San Lucas: "Entró en terrible agonía".

¿Cuál es la razón de tan profundo dolor del Señor? La explicación es la siguiente: Jesús gozaba de la visión beatífica, en la cumbre de su vida era bienaventurado por la unión hipostática con el Verbo y de repente al entrar en Getsemaní se suspende o se apaga por decirlo así esta visión... y Jesús entró en posesión del pecado, como si de hecho fuera suyo, encontrándose completamente solo... cargando con la monstruosa iniquidad del pecado universal. ¡Cambio de lo más sublime... a lo más horrendo...! Esto no le ha ocurrido jamás a nadie ni le ocurrirá. Le sucedió, si fuera posible, algo parecido a lo que experimentaría un santo del cielo, metiéndolo de repente en el infierno... Así se explica el que Jesús, en ningún momento de su vida mostrase pena a pesar de ser grande la lucha que sostuvo en muchas ocasiones... y ahora afirma "Triste está mi alma hasta la muerte". Es que Jesús tuvo que ponerse en la situación del pecador que pierde a Dios experimentando los dolores del alma de un condenado. Sintió la sensación de perder a Dios y en efecto la divinidad sensiblemente se retiró, para dar paso al pecado.

El hombre cuando peca como no sabe lo que es la intimidad con el Señor, no sabe lo que supone perder a Dios para siempre... pero Jesús sabe lo que es vivir abismado en su Padre, midiendo al propio tiempo la gravedad del pecado... por eso, conociendo bien estos dos extremos, experimentó aquella espantosísima sensación.

Los pecados que se cometen en el mundo en un solo día, no los puede calcular ningún matemático... pues las iniquidades de todos los tiempos y de todas las edades ¿quién las calculará? Suponen una cantidad casi infinita. Si los pecados de un solo hombre blasfemo, usurero, deshonesto... nos causan asco ¡Qué sentiría Jesús al perder la visión beatífica y entrar en el mar inmenso de todas nuestras maldades! Como se ha hecho pecado... el Padre lo rechaza, siente un intenso vacío... busca a Dios con todas las ansias de su corazón... y no le encuentra... ¡Qué dolor!

Ante la inmensa mole de la iniquidad universal, parece que se pierden nuestros pecados, como se pierde una gotita de agua en la inmensidad del Océano... Pero esto no es así, los pecados en Dios aparecen separados, no unidos en una masa compacta. Nuestra retina no abarca a ver las cosas así, pero el Señor en ese número casi infinito de maldades, vio las mías y movido de inmenso amor, al ver mis delitos... los cogió... los metió en su corazón y se hizo pecado con mis iniquidades. Del mismo modo que en ese número casi infinito de seres me conoce, me ama con indecible ternura y me habla como si no existiese en el mundo más ser que yo... de la misma manera; no le distraen los pecados de los demás para sentir la repugnancia de los míos, como si no hubiese otros... por eso la Sagrada Escritura habla en singular y

dice: SE HA ENTREGADO POR MÍ. No hubiera el Señor hecho más, si no hubiese habido en el mundo más pecador que yo. Con toda verdad puedo afirmar: Jesús se entregó a la prisión del Sagrario... a las tristezas y agonías del Huerto... a los azotes... a las espinas... y a la muerte de cruz por mí. Sintió tedio, hastío y congojas mortales no solo por el cúmulo de la maldad universal, sino por mis propios pecados.

Y en estos momentos de tristeza... de sequedad... de abandono... ¿Qué hace Jesús? ORAR. Esto me enseña a no dejar jamás la oración, ni menos cuando aparezcan en mí parecidos caracteres, entonces más que nunca será la oración mi ayuda y mi fortaleza. Además Jesús como un lenitivo a su profundo dolor nos pide oración como un día a los apóstoles. No olvidemos, que si nosotros sentimos el peso de nuestros pecados... los detestamos... y los lloramos con un profundo dolor... aliviaremos la carga del Señor.

¡Generosidad de Jesús para conmigo, conmover mi corazón y mis entrañas! Que impresión me causaría si el Señor me hubiese escrito una esquela para que me la dieran a mí con esta inscripción ¡ME HE ENTREGADO POR TI!! Pues esa esquela y esa noticia la tienes en el Evangelio.

Aliada, nunca seas en la pasión de Cristo mera espectadora, sino protagonista de esa escena; cuando medites acostúmbrate a quedaros Él y tú para que ponderes y veas cómo un Dios se entregó a sí mismo por tí.

LA PASIÓN

Jesús amadísimas mías es condenado en todos los tribunales. Le condena el tribunal judío, el romano, el civil y el tribunal popular, en todos se oye la misma sentencia: "Reo es de muerte" ¿Pecaste gravemente aliada? Pues tu propio pecado es el que pide la condena. En los tribunales de la tierra se pierde en un lado y se puede apelar al supremo y a veces cambia el fallo a favor del que anteriormente fue condenado. Pero aquí no, nuestros pecados merecen condena eterna, no tienen perdón, por eso Jesucristo, que los tomó para librarnos de ella, es sentenciado y condenado en todos los tribunales sin ninguna apelación. No obstante amadísimas hijas, es preciso que cada una de vosotras complete esa condena, abrazando lo que Él quiera para cada una de vosotras, así quedaréis totalmente redimidas, supliendo en vuestros miembros lo que falta a la Pasión de Cristo.

Dada la sentencia de muerte Jesús se entregó y ¡cómo se entregó! Sin peros... sin protestas... generosamente... soñando en mí con verdadero amor... Se ha escrito ahora una obra médica, probando que no pueden explicarse tantas penas y dolores, soportadas por el Señor durante tantas horas, sin haber muerto, a no ser por un estupendo milagro.

Jesús fue flagelado y para mí también tiene Él dispuesta mi propia flagelación. ¡Nunca será como la suya! En mi vida no me faltará algún dolor físico y moral, azotes internos y externos... Son mi propia sentencia, que pensando en la suya, debo tomarla y aceptarla sin protestar. El Señor fue coronado de espinas. ¡Tormento y desprecio horrible! Mis pecados... ese afán de figurar y de buscar la propia estima, merecen desprecios y humillaciones, que es preciso aceptar y besar en silencio, para completar las burlas y sarcasmos que Jesús padeció por mí.

SENTENCIA DE IR A LA CRUZ. La pidieron todos los tribunales... la pidió el pueblo y la pedían a voces mis pecados... También contra mí se ha dado la misma sentencia. "Reo es de muerte". Tú también morirás en la cruz que el Señor te tiene preparada... tienes que redimirte en tu propia cruz, para completar la pasión de Cristo en tus miembros. Jesús no solo aceptó la cruz sino que le dio un abrazo generoso. ¡Sentía verdaderas ansias de morir por el hombre y suspiraba por ver llegar este momento! Y si Jesús así anhelaba morir por mí ¿qué es lo que debo hacer yo? Almas grandes ha habido y las habrá siempre, que han puesto en la cruz su mayor timbre de gloria. A San Andrés lo condenaron a morir crucificado y abriendo su corazón y extendiendo sus manos exclamó: ¡Oh bendita cruz, recíbeme en tus brazos porque en ellos murió mi Amor!

Dada la sentencia, Jesús cargó la cruz sobre sus molidas y rotas espaldas. ¡Qué poco entendieron los que se la daban, que la abrazaba con amor, por ellos y por mí! A todos nos hubiese gustado estar al lado del Señor en aquellos momentos, para haber aliviado el peso ingente de aquel enorme madero... pues no olvides aliada, que allí mismo destinó Jesús la cruz que a ti te correspondía con su peso y medida...

la que en justicia te corresponde, si quieres completar en ti la Redención, y en la misma forma que lo hizo Él, la tienes que coger, besar y abrazar...

A veces se multiplican en nosotros las cruces, porque no sabemos llevarlas. Nos da el Señor una cruz y la tiramos... nos regala una segunda y la dejamos... nos envía una tercera y no nos conviene cogerla... y así poco a poco nos vamos haciendo la vida imposible... Si fuese otra nuestra disposición... si tuviésemos una recta intención, con menos cruces nos bastarían. Si supiésemos apreciar el valor de una, ella sola completaría nuestra redención. Por eso es preciso que en serio te preguntes: ¿Cómo acepto yo las cruces de mi vida? ¿Sé besarlas y abrazarlas con generoso corazón?

Jesús sabe que de una vez no podemos con la cruz que merecen nuestros pecados y nos va lanzando chinitas de esa misma cruz. Todos esos pedacitos y astillitas colocados en su sitio, formarán la cruz completa que Él nos preparó. ¡Pongamos delicado esmero en recogerlas, no perdiendo ninguna de estas chinitas! En ocasiones parece que no tenemos cruz, nos va pasando desapercibida porque no nos hace perder el ritmo de nuestra vida... pero si vamos aceptando con amor, primero una ofensa, luego un trabajo molesto, después un coscorrón que nos damos, al poco rato una disposición que no nos cuadra... etc. etc.; a la hora de la muerte nos encontraremos con una cruz completa y hasta con adornos para consumir en ella nuestro sacrificio y morir de amor. Así que tú, aliada, con franca disposición acepta... calla... ama... abraza... coge... y adelante.

Apenas da Jesús cuatro pasos con la cruz y cae. ¿Es por debilidad? ¿Es por falta de decisión? Ni mucho menos, a Jesús no le faltó generosidad, pero le faltaron las fuerzas para sostenerla y cayó por impotencia. No seamos nosotras de ese número de almas que sin probar el peso de la cruz ya se la sacuden. Que nuestro primer impulso sea siempre aceptar con amor... y si a pesar de todo el esfuerzo sucumbo... ¡Qué le vamos a hacer! La del Señor tampoco fue una carrera lucida. Las debilidades, los desalientos, los fracasos... no quitan el mérito, éste no se mide por el éxito sino por el esfuerzo y sin decir: "Señor no puedo", se lo demuestro...

En cuanto cae Jesús necesita apoyo. Su Madre le sale al encuentro y su mirada le conforta; el Cirineo la ayuda, la Verónica le limpia el rostro; las mujeres que lloran le consuelan... y todo ello le da nuevo ánimo para llegar al Gólgota. Si tú como aliada poner todo el esfuerzo y toda la carne en el asador, si no puedes sola alguien te ayudará, el Señor no puede dejarte sola y caída en una cuneta... y ésta ayuda tampoco disminuye el mérito.

Jesús llegó al término de su carrera y consumó su sacrificio por mí. Madre mía que con tu ayuda sepa yo completar tan grande obra. Que toda mi vida sea seguir sin cobardía los pasos de tu Hijo, llevando con generosidad la cruz que merecen mis pecados. ¡Es deber de justicia y al propio tiempo de amor!!

LA VIRGEN

Jesús creó en la cruz dos amores. Amor de la Madre al hijo (Juan) y amor del hijo a la Madre. Las palabras de Dios amadísimas hijas son creadoras y hacen lo que dicen. La Virgen sintió en sus entrañas desde ese momento un verdadero amor hacia aquel apóstol, un amor especial que antes no lo tenía. María amaba casi infinitamente a su Divino Hijo y en aquel instante se desbordó, alcanzando a todos los hijos que Él redimía con su sangre. Al constituirse Jesús Padre y Redentor, simultáneamente fue constituida la Virgen Madre y Corredentora y Juan en aquel mismo instante sintió también un torrente de amor hacia la Virgen.

Hoy celebramos el nacimiento de María, que coinciden San Sebastián, con la festividad de la Virgen del Coro, que es el título especial que esta Madre escogió para amar la Alianza, la cual brotó en aquel egregio Camarín. Un día igual que en la cruz sonaron estas mismas palabras de Jesús a su Madre: "He aquí a tus hijas" y desde ese momento sintió la Virgen un amor especialísimo a esta Obra, que nacía a sus plantas y sobre su mismo regazo maternal.

Las madres van amando a sus hijos según van viniendo al mundo y al nacer brota en ellas un amor entrañable a aquella criatura que Dios pone en sus manos. De la misma manera el Señor creó en la Virgen un amor nuevo para aquella hija predilecta, que nacía de su mismo corazón; de aquí que tú por el mero hecho de ser aliada, eres amada con un especial amor a muchas Obras y yo os aseguro que una de ellas es la nuestra.

Jesús ha creado también en ti un amor especialísimo a la Virgen, como no aman los demás y que debe crecer con gran pujanza al recibir en la Alianza la medalla de tu Madre. Una aliada fría para con la Virgen, sería una cosa monstruosa. María Santísima mira a este Obra como a la niña mimada de su Corazón... hay multitud de detalles y de circunstancias que prueban esta afirmación, somos hijos de sus entrañas, no parientes más o menos lejanos. La Virgen formó la Obra en su seno y nos la mostró tal cual Ella la había concebido, por eso existe ese amor y esa unión misteriosa que circula de Madre a las hijas y de hijas a la Madre. La Alianza está cimentada en estos dos amores, es nuestra especialísima devoción, por eso una aliada sin un fino y delicado amor a la Virgen, sería como esas hijas desnaturalizadas que no saben lo que es tener madre.

Correspondamos sin medida a esta tierna predilección de María, recordémosla constantemente, llevémosla muy dentro del corazón y que su amor sea prenda segura de nuestra perseverancia, para que después con un alma inmortal vivamos a su lado siempre en su gloria.

*Antonio Amundarain
Madrid 1949*